

HUBERT JEDIN, *Historia del Concilio de Trento. I. La lucha por el Concilio*. Versión castellana de Daniel Ruiz Bueno. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., 1972, XII + 665 pp. (Biblioteca de Teología dirigida por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, 11).

Cuando en 1949 apareció este primer volumen de la *Historia del Concilio de Trento*, la acogida de la crítica fue unánimemente favorable. Más de cincuenta revistas de las tendencias más diversas colmaron de elogios a su autor y le animaron a dar cima a la empresa comenzada. Casi simultáneamente vio la luz la versión italiana. Dos años después se hizo una segunda edición del original alemán. En 1957 se tradujo al inglés. Que los franceses no se hayan preocupado de verter la obra a su lengua, resulta algún tanto extraño. Pero todavía es más extraño que no haya sido traducida hasta ahora a la lengua de Cervantes. ¿No dijo Menéndez Pelayo que el concilio de Trento fue tan español como ecuménico? ¿No solemnizó España el cuarto centenario del concilio con un entusiasmo mayor que otros países? Entonces ¿cómo la mejor historia de aquella magna asamblea permanecía inaccesible al gran público de lengua castellana en medio de la fiebre de traducciones que hemos padecido y seguimos padeciendo?

Pero no es hora de lamentos estériles, sino de profunda satisfacción, porque al fin, gracias a la diligencia y esfuerzo de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, esa laguna ha sido remediada. La *Historia del Concilio de Trento*, de Mons. Jedin, llega tarde, pero llega en un momento oportuno. Ciertos sectores de la Iglesia se debaten en una confusión análoga a la existente en la época tridentina. Y no faltan quienes critican las decisiones de aquella asamblea sin conocer exactamente su contenido, su génesis y su razón de ser.

Su autor aporta una concepción nueva del Concilio de Trento. Para Mons. Hubert Jedin, el Concilio no fue una mera respuesta a la rebelión dogmática y disciplinar de Lutero, sino que quiso satisfacer los legítimos anhelos de reforma, que se dejaban sentir en la Iglesia con anterioridad a la revuelta protestante. De ahí que, a diferencia de los antiguos historiadores —Sarpi, Pallavicini, etc.—, comience la historia del Concilio, no con la protesta luterana, sino con la victoria del papado sobre los concilios de reforma y aun mucho antes, con la lucha entre Felipe IV el Hermoso y Bonifacio VIII, en que por primera vez se formula un programa de reforma de las estructuras eclesiales.

Pero ¿quién hará la reforma? Algunos lo esperaban todo del concilio. Se trata todavía de voces aisladas sin influjo en la marcha general de la Iglesia. La situación se modifica a raíz del Cisma de Occidente. Cada vez más las miradas se concentran en el concilio como única tabla de salvación. Pero ahora se concibe el concilio de una manera diferente, como superior al papa en las grandes cuestiones que preocupan a la Cristiandad: cisma, reforma y herejía. El conciliarismo triunfa momentáneamente en Constanza, pero el papado no lo

acepta ni lo puede aceptar, porque lo estima contrario al primado pontificio, que es de institución divina. La batalla decisiva se libra en el concilio de Basilea y la gana el Papa.

Vencido el conciliarismo, poco a poco fue perdiendo terreno, aunque no desapareció del todo. Sin embargo, la idea del concilio permaneció viva en el ambiente. Las universidades, los reformadores, los políticos y hasta los mismos cardenales reclamaban insistentemente la convocación de un nuevo concilio. Muchos tenían una fe inquebrantable en su poder milagroso de resanación y los políticos se valían con frecuencia de la amenaza de un concilio para presionar a los papas. Ante tal abuso y ante el peligro de un nuevo conflicto entre la Santa Sede y el concilio, los papas concibieron hacia él una aversión cada vez mayor y eludieron con habilidad su convocación poniendo en juego diversos recursos: táctica dilatoria, indiferencia, congresos de las grandes potencias, conferencias de embajadores, prohibición de apelar al concilio, propuesta de un concilio papal en Roma.

La fuerza de la idea conciliar radicaba en su unión con el deseo general de una reforma eclesiástica. Esta se podía obtener por tres caminos: el concilio, el papa y la autorreforma personal. El primero era preferido y aun considerado indispensable por los ultramontanos, que sólo tenían fijos sus ojos en cortar los abusos de la Curia Romana y limitar sus atribuciones. Como es natural, los papas rehusaron seguir este camino conciliarista y optaron por la reforma papal, enviando legados o visitadores sobre el lugar, nombrando comisiones de reforma, preparando bulas y elaborando proyectos reformistas, llegando incluso a convocar un concilio estrictamente pontificio, el quinto de Letrán, que recibió como misión principal la reforma de la Iglesia. Pero después de más de medio siglo de planes y proyectos, la Curia Romana no llevó a la práctica ninguna tentativa seria de reforma ni se puso a la cabeza del movimiento renovador. Se perdió una ocasión magnífica.

Quedaba la tercera vía para llegar a la tan deseada reforma de la Iglesia: la vía de los santos. Este procedimiento de santificación personal y de autorreforma de los miembros fue adoptado en el silencio por las órdenes religiosas antiguas y nuevas, la Devoción Moderna, el Oratorio del Amor divino, numerosos obispos, sacerdotes seculares y laicos. Con frecuencia los mismos príncipes apoyaban o impulsaban la reforma. En este aspecto sólo los Reyes Católicos hicieron cosas grandes y con notable éxito. Desde fines del siglo xv la reforma eclesiástica sufre la influencia de una corriente espiritual que no proviene del mundo religioso, sino del mundo de la cultura: el Humanismo. Esto tiene lugar sobre todo desde que Erasmo imprimió al movimiento una nueva dirección, centrándolo en el estudio de la Biblia y de la antigüedad cristiana. Hacia 1515 muchos estaban convencidos de que la reforma erasmiana renovaría la Iglesia; y, si bien estas esperanzas quedaron totalmente fallidas, no es posible negar un positivo influjo del Humanismo sobre la renovación de la vida eclesiástica y religiosa. La Biblia y los Padres, el examen filológico de los

textos antiguos y la crítica histórica de la tradición adquirieron carta de ciudadanía en la Teología. Sin la actividad de los humanistas son incomprensibles Vitoria y Cano. Pero no sólo surgió la Teología positiva. Al contacto con la antigüedad cristiana, los ideales de la Iglesia primitiva irrumpieron en amplias corrientes del movimiento reformador. Así brotó la tendencia a imitar la predicación, el ideal sacerdotal, el tipo de obispo y la actividad sinodal de la época patristica.

A pesar de todos estos esfuerzos, la reforma católica fue incapaz de conquistar la Iglesia y el Papado antes de que sobreviniese la catástrofe. Lutero explotó hábilmente la necesidad de reforma para propagar la suya, que en realidad era una revolución de carácter dogmático y disciplinar. La revuelta luterana hizo más urgente la celebración del concilio. Con todo aún transcurrieron veinticinco años desde la fijación de las tesis sobre las indulgencias hasta la apertura del Concilio de Trento.

Así tenemos ya las dos líneas de fuerza que condujeron al Concilio: el anhelo insatisfecho de reforma y la perturbación producida por el asalto protestante. ¿Cuál de las dos pesó más en la convocatoria y en el desarrollo de la asamblea? Al principio de la exposición, el A. parece equipararlas. "En el siglo que va desde la disolución del Concilio de Basilea a la reunión del de Trento, se transforman las ideas medievales sobre el pontificado, los concilios y la reforma de la Iglesia, y surgen las tensiones internas y la atmósfera, que no influyó menos sobre el curso y rendimiento de la asamblea tridentina que el gran acontecimiento del siglo xvi, la escisión de la fe" (p. 3).

En cambio, al terminar la primera parte del volumen, parece conceder un influjo más decisivo a la segunda línea. Dice, en efecto, que hay que precaverse contra la idea de que los intentos católicos de reforma de la Baja Edad Media fueron una poderosa corriente que, aun sin la sacudida luterana, hubieran de por sí conducido a una reforma general. "La reforma protestante sólo pudo lograr sus éxitos, porque los esfuerzos católicos de reforma... no habían alcanzado su fin. Sin embargo, ellos fueron el supuesto y el comienzo de la regeneración de la Iglesia... Para que este concilio fuera una realidad, la rotura protestante fue mucho más que una ocasión. No sólo sus decretos dogmáticos fueron dados contra errores protestantes, sino que sus mismos decretos de reforma apenas se conciben sin la aparición de los falsos reformadores" (p. 182). De hecho, mientras dedica 466 páginas a esta segunda parte, a la primera sólo consagra 182.

Con una intuición general, Paulo III fue el primer papa que comprendió la importancia del concilio y tuvo el coraje de reunirlo. El primer volumen de la *Historia del concilio de Trento* se detiene en la descripción de la sesión inaugural, celebrada el 13 de diciembre de 1545. Este acontecimiento marca la victoria del papado. El Concilio de Trento será un concilio reformador, el concilio reformador más grande de la Iglesia católica, pero la reforma no se hará a costa de Roma, como habían pretendido los conciliaristas del siglo xv. Al contrario,

será dirigida e impulsada desde Roma. Al mismo tiempo el concilio derramará raudales de luz en el campo doctrinal y acabará con la incertidumbre dogmática, que había facilitado el triunfo de Lutero. Todo esto dará al papado un prestigio y una influencia espiritual, desconocidos desde el siglo XIII. Como expone el A. en otro lugar, "en la lucha antiprotestante, a la que se ve constreñida, la Iglesia demuestra una sorprendente capacidad para curar sus heridas y superar las enfermedades que sufre. Sólo lentamente se levanta de nuevo, pero después combate y vence. La fuerza para esta lucha le afluye principalmente de dentro, de su renacimiento interior. La contrarreforma es precedida y flanqueada por una reforma católica. En el Concilio de Trento se encuentran los dos movimientos; él sirve a ambos y se convierte así en el hecho más característico de la época intermedia entre el Medioevo y la Era Moderna, época que se puede llamar: *Epoca de las reformas*. Es un proceso histórico tan sorprendente, tan maravilloso, que una explicación puramente natural y racionalista no podría justificarlo jamás. En el fondo es un misterio sobrenatural, cuyas causas últimas nosotros no podemos indagar, sino a lo más intuir: es un milagro. Ya los contemporáneos lo interpretaron así" (H. JEDIN, *Il significato del concilio di Trento nella storia della Chiesa*, en "Gregorianum" 26 (1945) 135).

Tal es, a grandes rasgos, el contenido de este primer volumen. A él seguirán otros tres (en alemán han salido ya el segundo y el tercero). Entonces tendremos la historia objetiva del concilio de Trento que el mundo espera desde hace trescientos años y que Ranke consideraba imposible. Imparcial, libre de preocupaciones polémicas o apologéticas, no se les podrá aplicar la célebre frase del citado historiador protestante: "Sarpi quiere denigrar todo, Pallavicini quiere defender todo".

La traducción castellana está hecha sobre la primera edición alemana. El texto ha sido respetado íntegramente, sin adiciones ni supresiones. Con la ventaja de que las notas se hallan colocadas al pie de página, no al final de cada capítulo. La presentación tipográfica es espléndida. Esperamos que, conforme al deseo del autor, este libro sea, no sólo consultado, sino leído. Los que así lo hagan, sacarán de él mucho fruto.

J. GOÑI GAZTAMIDE

R. GARCÍA DE HARO, *La conciencia cristiana*, Colección "Naturaleza e Historia" Eds. Rialp, Madrid 1971, 138 pp.

Este libro —que no es un simple ensayo sobre la conciencia— tiene un valor que reside no sólo en fundamentar el carácter objetivo y trascendente de la norma moral, que preside la formación de la conciencia, entroncada con la ley divina ("Conciencia cristiana"), sino sobre todo en exponer las relaciones existentes entre libertad y responsabilidad personales y formación de la conciencia ("Exigencias para su libre realización").